

José Manuel Blecua

Ignacio Arellano
Universidad de Navarra

En las puertas de la primavera de 2003, con este volumen de nuestra revista ya en la imprenta, José Manuel Blecua ha partido, como decía Quevedo en alguno de sus sonetos, al reino del reposo. Bien merecido reposo después de una vida de admirable trabajo, a la vez inteligente y tenaz, que ha producido una obra imprescindible en muchos terrenos de la literatura española. Sin José Manuel Blecua no hubiéramos podido leer con la facilidad con que lo hacemos, infinidad de textos de fray Luis, Lope o Quevedo. La poesía del Siglo de Oro y muchos otros territorios de la cultura española tienen con él una deuda impagable. Nunca desdeñó el fatigoso trabajo de la edición de textos –despreciado por tantos aficionados superficiales que jamás podrán alcanzar el grado de conocimientos del maestro Blecua. Su amabilidad iba pareja a su sabiduría. Recuerdo sus agradecidas palabras cuando *La Perinola* le dedicó en homenaje el volumen 3, como si él quedara honrado en vez de honrarnos él a nosotros permitiendo poner su nombre al frente de un conjunto de estudios sobre Quevedo, uno de sus campos más transitados. En aquella *Perinola* recogíamos la bibliografía quevedista de Blecua, en una enumeración que solo permite hacerse una pálida idea de la trascendencia de trabajos como sus ediciones de *Obra poética* o *Poesía original* de Quevedo, no superadas, fuente básica para el conocimiento del poeta.

Innecesario, de todas maneras, es recordar la dimensión de don José Manuel Blecua, sobre todo a los lectores de una revista dedicada a la obra de Quevedo, que en cada número documenta innumerables referencias a su tarea. Tampoco necesita su figura de elogios ni incienso. De justicia es, sin embargo, rendirle en las páginas de la *Perinola*, que era también su revista –fue miembro del Consejo asesor desde el primer momento– un tributo de admiración y agradecimiento, un recuerdo debido y cordial; y recordar

también los versos de don Francisco —por el mismo Blecua editados— que bien pudieran aplicársele:

Bien te debe la fama el ocuparse
en solo celebrar tu nombre y gloria,
si su clarín tan gran aliento alcanza.
Bien te debe (mas no puede pagarse
tal deuda) sus anales la memoria,
y al fin, todos te deben alabanza.

